



Mentes en

13 UNIDADES, 750 CAMAS, 500 TRABAJADORES. LOS MUROS DEL HOSPITAL PSIQUIÁTRICO DE SANT BOI ALBERGAN EN SU INTERIOR MÁS DE MIL MUNDOS.

TEXTO: MARTA PARREÑO
FOTOS: GUILLERMO MOLINER

El Hospital Benito Menni de Sant Boi, el segundo recinto psiquiátrico más grande de Catalunya y uno de los más importantes de España, cumple 125 años de historia. Allí dentro abundan los jardines, las plazas, los bancos. Allí dentro la vida se mueve incesante, sometida a horarios y medicación. Hombres y mujeres se pasean por los jardines en busca de la razón perdida, aunque algunos de ellos ni siquiera quieren encontrarla.

Rosa y sor Ana pasan sus días allí dentro. Mariu trabaja como voluntaria los fines de semana. Y María José ha estado en un psiquiátrico dos veces en cinco años. Éstas son las historias de cuatro mujeres. Cuatro vidas vinculadas a la enfermedad mental, cada una a su manera.

La mirada de Rosa

Rosa ha cumplido 60 años. Tiene el pelo corto, negro tirando a gris, y una mirada viva y extraña con un ojo verde para cada lado. La boca sonriente está cubierta por un mostacho visible y su cuerpo, corto y ágil, se mueve sin dejar descansar a esa curiosidad constante por todo.

«¡Hola! ¿Cómo te llamas? ¡Yo me llamo Rosa!». Arranca la carpeta del brazo de la visitante y se queda atónita al ver su bolso. «¡Qué bolso tan bonito! ¿Dónde lo has comprado? ¡Cómo brillan las piedrecitas!». Y desaparece entre sus compañeras carpeta en mano y preguntando a cada una: «¡Hola! ¿Cómo te llamas? ¡Yo me llamo Rosa!».

Hoy es un día especial, una de las dos tardes al mes en que ella y sus amigas atraviesan la puerta del psiquiátrico para ir a merendar a un bar cercano con las monitoras de la asociación JADIS.

Rosa camina rápido. Lleva un chándal rojo, bambas blancas y un anorak azul con una mancha enorme en el lado del corazón. Las seis monitoras que las acompañan hacen la lista de lo que pedirán a los camareros. «Tres cafés con leche,

un cortado... dos Nestees... Rosa, ¿tú qué quieres?».

«¡Un bocadillo!».
«¿Te lo pagarás tú con el dinero que te dan en el hospital por montar bolígrafos?».

Rosa se enfada, cruza los brazos y hunde la cabeza en señal de protesta. Al fin pide un café con leche.

La espera de las bebidas se hace larga y Rosa se levanta. Pasea mirándolo todo. Se queda anonadada con los vasos, con los ceniceros, acaricia un cuadro de la pared, deletrea en voz alta los carteles que ve. Se sienta. Tras tomar con ansia el café con leche vuelve a levantarse, ahora para repartir besos. «¡Ay, Rosa! ¡No hace falta que me des tanto amor! ¡Sal!», refunfuña una auxiliar.

La tarde pasa rápidamente y, casi sin darse cuenta, ya están volviendo todas para el centro. Rosa camina echada hacia delante, vivaz y animada, saludando a los desconocidos con los que se cruza, que la miran

La vida en el hospital se mueve sometida a horarios y medicación

con extrañeza, y buscando conversación a cada momento.

Su anorak azul atraviesa la puerta del psiquiátrico, ya está en casa. Cruza el pasillo largo de baldosas blancas que lleva hasta el ascensor y sube a su habitación. Quizá saldrá al patio a buscar a alguien, quizá deletreará letra por letra cualquier artículo de cualquier revista, quizá pasará por los pasillos deteniéndose en cada rincón y cambiando su rumbo al paso de una mosca. Y luego al de otra. Y luego al de otra.

Entre dos mundos

Se llama María Eugenia, pero la llaman Mariu. Tiene 25 años y desde hace ya ocho las vallas del hospital psiquiátrico se abren para dejarla entrar. Va acompañada por seis chi-



►► De paseo ► Dos cuidadoras acompañan a una enferma en los jardines del hospital.